

Amor y pedagogía

Un ejemplo de dialéctica entre Ciencia y Vida en Unamuno

Uno de los temas más importantes y desarrollados en el pensamiento de Miguel de Unamuno es el de la dialéctica entre la ciencia y la vida, es decir, que la filosofía, y las demás ciencias, pueden matar a la vida, ya que la arrogancia de querer imponer al mundo las construcciones de la propia razón provoca sólo fracasos y desesperación.

Pero este tema se desarrolla sólo desde el final del siglo XIX, después de la famosa crisis existencial del 1897. El joven Unamuno tenía otra opinión sobre los asuntos de la ciencia, tanto que en la primera fase de su pensamiento, la que se coloca entre el doctorado (1884) y la victoria en la oposición para la cátedra de Lengua Griega a Salamanca (1891), es exactamente la catalogación del universo el objetivo de sus reflexiones.

Por eso una novela como *Amor y Pedagogía* (1902) es emblemática: en ese momento la posición crítica hacia el cientismo ya se ha desarrollado y la estructura de la novela se presenta como un *mea culpa* unamuniano. En efecto, los aforismos cintificista que se pueden encontrar a lo largo de la narración, son casi citas literales de los cuadernos en que el joven Unamuno escribió sus pensamientos.

Don Avito Carrascal, protagonista de *Amor y Pedagogía*, quiere ser un hombre de ciencia, un hombre que «anda por mecánica, digiere por química, y se hace cortar el traje por geometría proyectiva»¹. La historia de Carrascal es la de un hombre que se vota completamente a la ciencia, que quiere hacer de ella su propia guía y fracasa miserablemente, destruyendo su vida y la de su hijo, y refleja en cierto sentido los deseos del joven Unamuno, cuando su objetivo era lo de construir un nuevo sistema filosófico.

«El fin del hombre es la ciencia»², dice un aforismo de Fulgencio Entrambosmares, filósofo amigo de Avito, añadiendo también que el fin de la ciencia es

¡Catalogar el Universo! [...] Para devolvérselo a Dios en orden, con un inventario razonado del existente³.

Esta frase recuerda una que encontramos en *Filosofía II*⁴, donde, citando el positi-

1. M. de Unamuno, *Amor y Pedagogía*, en M. de Unamuno, *Obras Completas*, edición de M. García Blanco, Escelicer, Madrid 1966-71, vol. II, p. 317. De aquí en adelante citaremos esta edición como OCE seguido por el número romano del volumen de referencia.

2. *Ibidem*, p. 336.

3. *Ibidem*, p. 339.

4. Se trata de un manuscrito inédito, fechable en los años 1891-92, conservado en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca [colocación: CMU, caja 8/18].

5. Roberto Ardigò (1828-1920) fue probablemente la figura más original y representativa del positivismo italiano. Profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Padua, entre sus obras se destacan *Psicología como ciencia positiva* (1870); *La formazione naturale nel fatto del sistema solare* (1877); *La morale dei positivisti* (1878) y *L'unità della coscienza* (1898).

vista italiano Roberto Ardigò⁵, Unamuno escribió:

La ciencia reúne y clasifica hechos. La ciencia viene a ser un gran cuadro sinóptico ó clasificación de hechos (Ardigò)⁶

Así que el personaje de don Avito, que comparte totalmente estos pensamientos, es el reflejo del mismo Unamuno, y cuando el personaje exclama que «Sólo la ciencia es maestra de vida», el autor no puede dajar de dudar, haciendole añadir: «¿No es la vida maestra de la ciencia?»⁷. Es un Unamuno crítico hacia sí mismo lo que encontramos aquí, que en el personaje de Avito pone su propia juventud y sus dudas actuales. Es esta la perspectiva para leer completa y correctamente don Avito Carrascal.

Él es el ejemplo del racionalista que, a pesar de que a veces le asalta la duda, no quiere sobrepasar lo que la razón le señala y le enseña, poniendo demasida confianza en la ciencia, sobre todo, por lo que respeta a don Avito, en la “pedagogía sociológica”. Por eso se vota a la educación del genio, creyendo que el hombre «llegará a hacerse genio mediante la pedagogía sociológica»⁸.

Esta concepción de la pedagogía refleja otra vez una teoría juvenil, ya que, siempre en *Filosofía II*, podemos encontrar una nota muy clarificadora:

La ciencia sirve para ser aprendida y enseñada, esta es su verdadera utilidad.

El método pedagógico debe brotar de la esencia misma de la ciencia⁹.

Es decir, toda la novela es una crítica irónico-trágica hacia las posiciones filosóficas juveniles, y más aún hacia la teoría pedagógicas del periodo que veía en la ciencia la única perspectiva posible para el desarrollo del ser humano. En la novela las ambiciones son todavía más ambiciosas: siendo el fin de la ciencia criar al “genio”, Don Avito Carrascal quiere que sea su propio hijo, que todavía no ha nacido, el nuevo genio de la humanidad.

Don Avito compara la sociedad humana con la sociedad de las abejas, y mirando como éstas eligen una al azar entre sus larvas y «mediante una acertada pedagogía abejeil o, si hemos de hablar técnicamente, melisalogía, sacan de él la reina»¹⁰, presupone que se pueda hacer lo mismo con los seres humanos, quiere decir, convertir, mediante una acertada pedagogía, desde un hombre cualquiera el genio.

Se dispone, por eso, a tomar esposa, afirmando que tiene que elegir su propia esposa según un modelo científico así que resulte la más apta a la procreación del futuro genio. En efecto, según don Avito, existen dos tipos de matrimonio: el inductivo y el deductivo.

El matrimonio inductivo es cuando un hombre se enamora de una determinada mujer, y no encuentra otro modo de ser feliz si no es casándose precisamente con esa mujer, «con el contenido espiritual que tenga, si es que lo tiene»¹¹.

El matrimonio deductivo es, sin embargo, aquel en que el hombre, llegando a una cierta edad, siente la necesidad de casarse, buscando entonces una mujer que sea

6. M. de Unamuno, *Filosofía II*, p. 25. Para la referencia a Ardigò, cfr. R. Ardigò, *La psicologia come scienza positiva*, in Ardigò, *Opere filosofiche*, vol. I, pp. 72-73: «La scienza va in cerca di fatti. Osservando e sperimentando, li trova, li nota, li accerta. [...] La scienza] viene ad essere un grande quadro sinottico, o una classificazione dei fatti».

7. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 317.

8. *Ibidem*, p. 318.

9. Unamuno, *Filosofía II*, p. 22.

10. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 318.

11. *Ibidem*, p. 319.

conforme a las propias exigencias, con que apagar esa necesidad. Lo que significa que o ya precede la novia a la idea de casarse, conduciéndonos aquélla a ésta, o ya el propósito casorio nos lleva a la novia. Y el matrimonio del futuro padre del genio tiene que ser, ¡claro está!, deductivo¹².

Avito, entonces, elige su propia esposa según criterios científicos. Pero entra en juego el sentimiento cuando, yendo a entregar la carta con su propuesta de matrimonio a Leoncia Carbajosa, sobre la cual había caído su racional elección, en la casa de esta encuentra Marina del Valle, y se enamora de ella. Es esta última con la que se casa, a pesar de que su "conciencia científica" siga repitiéndole «Mira, Avito, que caes... que caes, Avito... que caes... eso es el señuelo... así no se llega al genio...»¹³. Él busca justificaciones para su elección, intentando darle una apariencia científica, pero no es completamente convincente, ya que su conciencia no para de reprochárselo.

Toda la existencia de Carrascal está marcada por la tensión que se crea entre su vida, que intenta imponerse, y su razón que quiere otra cosa. En la existencia de don Avito la dialéctica razón-vida es a su ápice, aún si completamente desbaratada en el lado de la razón. En él la Lógica gana inequívocamente sobre la "Cardíaca"¹⁴, es decir que en el conflicto entre el corazón y la razón en don Avito siempre gana la razón. La vida, la Cardíaca, no encuentra espacio en su existencia.

Al revés de Don Quijote, que con su propia fe transmutaba la realidad y creía que ésta era realmente como él la soñaba¹⁵, don Avito quiere doblar esa misma realidad a los esquemas de la razón, conteniéndola de manera que la desvitaliza, para que resulte conforme a la doctrina que él analizó. El universo de Don Quijote está en continua mutación, es creación dinámica de la fantasía, y el heroísmo del Caballero de la triste figura está en aceptar el absurdo que su fe le pone delante, en ir contra el sentido común, aceptando sus paradojas¹⁶. El universo de don Avito, al revés, es rígido e inmóvil, un universo *more geometrico*, donde no hay espacio ni para el heroísmo ni para la fantasía: todo tiene que ser científico y esquematizado, es decir, desvitalizado.

Repetimos: Avito representa, sustancialmente, el joven Unamuno, así que este juicio sobre el mundo del personaje representa el juicio que Unamuno da a su mismo pensamiento juvenil: es una forma de autocrítica que, aún si no declarada, sirve al rector de la Universidad de Salamanca para poder justificar (acaso solamente a sí mismo) sus nuevas perspectivas filosóficas en oposición a las viejas. En 1902, año de publicación de la novela, Unamuno ya está en el camino que lo llevará, tres años después, a publicar su *Vida de Don Quijote y Sancho*, que representa probablemente la primera verdadera expresión de su madurez filosófica. Pero antes necesitas tomar distancias del positivismo de su juventud y para esto escribe *Amor y pedagogía*, cuyo

12. Ibídem.

13. Ibídem, p. 322. Cfr. también ibídem, p. 326: «Ha sido una caída, una tremenda caída, mas es preciso aceptarla y aprovecharla en beneficio del genio».

14. Cfr. M. de Unamuno, *Sobre la europeización*, OCE III, p. 937: «Se ha dicho que el corazón tiene su lógica; pero es peligroso llamarle lógica al método del corazón; sería mejor llamarle *cardíaca*».

15. Cfr. Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, OCE III, p. 68: «Creyó ser verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe tan viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que su desatino le mostraba, y en puro creerlo hízolo verdad».

16. Cfr. M. de Unamuno, *Contra el sentido común*, en M. de Unamuno, *Artículos en «Las Noticias» de Barcelona (1899-1902)*, Editorial Lumen, Barcelona 1993, p. 209: «Prefiero siempre las paradojas a las verdades llamadas de sentido común». Cfr. también. M. de Unamuno, *Un filósofo del sentido común*, OCE III, p. 549: «Y el sentido común es, como dicen que decía Hegel, bueno para la cocina. Con el sentido común no se hace filosofía».

fundamental significado es marcar una concreta línea de separación con su pasado.

Volviendo a la novela, cuando su esposa se queda embarazada, Avito la circunda de curas con el fin de la perfecta gestación del genio, curas excesivamente obsesivas, como la obligación de comer desmesuradamente alubias porque son un «alimento fosforado... fósforo, fósforo, mucho fósforo es lo que [el concebido] necesita»¹⁷. Marina en frente a la “vigilia” del marido no puede hacer otro sino refugiarse en el sentimiento, en el sueño. Esta es la característica que define a Marina, es decir, su vivir en el sueño, despertándose de vez en cuando para volver de repente, horrorizada por las acciones de su marido y del mundo. Pero, en realidad, el sueño de Marina es el auténtico vivir, el permanecer conforme a la vida y a la naturaleza, y la vigilia del marido es en realidad el sueño, mejor dicho, la pesadilla de una vida falseada por la ciencia, que quiere envolver todo, también aquello que no debería.

La cuestión del nombre que se debe dar al genio es sujeta también a un preciso análisis científico. El nombre tenía que ser griego, siendo el griego la lengua de la ciencia, y ser también altisono y significativo; el resultado de este análisis es Apolodoro, don de Apolo, preferido a Teodoro, don de Dios¹⁸. Pero Marina no acepta ese nombre y, a escondidas del marido, hace bautizar al niño con el nombre de Luis, y así es como ella le llamará siempre en sus momentos de intimidad.

Todas las tentativas de Avito de cientifizar la vida del hijo fracasan, tanto por motivos dependientes de él como por causas independientes, como puede ser la voluntad de la madre, que, por ejemplo, se obstina a querer amamantar al recién nacido y no quiere lactarlo con el biberón. Sobre esta cuestión Marina sostiene que la lactancia materna es más natural, a lo cual don Avito reprocha a la esposa diciendo «¿Qué has de creer tú, que al fin y al cabo eres naturaleza?»¹⁹.

Marina es la soñadora, la representante de la naturaleza, de la vida en estado puro y de las costumbres naturales que, a la fuerza, se oponen a la voluntad científica de subvertir el orden natural de las cosas. La “Materia”, como Avito llama su esposa, se opone a la “Forma”, es decir al mismo Avito, porque esta última quiere plasmar la prima según su decisión arbitraria, sin dar importancia a lo que la Materia es verdaderamente.

Finalmente Apolodoro nace, manchado por el pecado del amor entre sus padres. El niño, según la conciencia de Avito, no ha podido pecar, mas «trae pecado original; el de haber nacido de amor, de enlace de instinto, de matrimonio inductivo; amor y pedagogía son incompatibles»²⁰. El problema de la incompatibilidad entre amor y pedagogía se presenta más veces en el curso del relato, y explota en su dramática tragicidad en dos episodios: el nacimiento de la hermana de Apolodoro y el enamoramiento de éste.

«Vuelve a quedar en cinta la Materia, con estupor de la Forma, que no contaba con semejante contratiempo»²¹, don Avito no acaba de resolver la cuestión sobre la influencia que el nacimiento del nuevo ser podría tener en el genio, es decir, si esto obs-

17. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 327.

18. Los otros nombres considerados son: *Fisiodoro*, don de la naturaleza; *Nicéforo*, vencedor; *Filateles*, amante de la verdad; *Aniceto*, invencible; *Aletoforo*, portador de la verdad; *Teoforo*, portador de Dios. Cfr. *ibídem*, p. 331.

19. *Ibídem*, p. 332.

20. *Ibídem*, p. 334. Cfr. también, por ejemplo, *ibídem*, p. 347: «¡El amor!, el pecado original, la mancha originaria de mi hijo».

21. *Ibídem*, p. 347.

taculizará o ayudará la formación del genio. Nace una niña, que viene llamada Rosa, por elección de Marina, a que don Avito deja enteramente en manos la educación de la hija, creyendo que de una mujer no pueda surgir el genio, mas pueda a lo sumo parir uno, y que por eso la hija tenga que ser criada por la madre²².

Precisamente en el contraste que se crea entre la educación materna y femenina, que recibe la niña, y aquella paterna y pedagógica, que en cambio sufre Apolodoro, se crea la angustia de este último, que si ve negado el amor del padre. Don Avito, en efecto, no besa a su hijo, ni le demuestra afecto, mientras con la hija asenta una relación diversa, gobernada por la madre y no por él. Así, si la madre debe besar al hijo a escondidas, con la hija puede hacerlo abiertamente, y así hace también Avito, «mientras desde un rincón mira de reojo Apolodorín, con tristes ojos de genio abortado»²³.

La pedagogía es ciertamente enemiga del amor, pero también si don Avito piensa que es la primera la que tiene que ganar, es decir, que es la ciencia que debe imponerse, la realidad verdadera es exactamente a la inversa. Apolodoro es “abortado” porque, aunque es concebido por el amor, amor nunca recibió, por lo menos por su padre, que, por otra parte, le enseña a escribir con la escritura fonética, la única manera verdaderamente científica para escribir, por lo menos hasta que la humanidad no decida de utilizar el álgebra²⁴.

El segundo momento trágico es vivido por Apolodoro cuando se enamora de Clara, hija de su maestro de dibujo, y es rechazado. El dolor por el fracaso, junto con los discursos de don Fulgencio, que le incitaban a buscar la inmortalidad en la estirpe²⁵, le lleva a hacer concebir un hijo a la criada de casa, Petra. Esto, que es el último acto de su vida, es también una consecuencia de la muerte de su hermana, enferma de clorosis, porque «después de esta muerte, parece que le grita con más fuerzas a Apolodoro su instinto: “¡Hazte inmortal!”»²⁶, y por esto convence, con promesas, a Petra para acostarse con él. Sin embargo, la vergüenza por esta acción y el sentido de inadecuación a la vida que le ha llevado en frente a los ojos el rechazo de Clara, le llevan a ahorcarse.

El amor ha despertado Apolodoro a la vida, como hará con Augusto Pérez en *Niebla*. Pero mientras Augusto, despertándose, busca un significado para la propia vida, Apolodoro no puede. Él ha sido educado de manera que le es imposible comprender la vida, que para él no es que un esquema científico. Apolodoro es prisionero de la ciencia, y el único acto que puede hacerle libre es precisamente el suicidio. Su ansia de inmortalidad es fruto únicamente de las fantasías filosóficas de don Fulgencio, no un deseo auténtico. Apolodoro es una víctima, una víctima de su padre y de la ciencia. Don Avito afirma que:

el amor es anti-pedagógico, anti-sociológico, anti-científico, anti...-todo²⁷,

pero se podría contestar que son la ciencia, la sociología y la pedagogía que son

22. Cfr. ibídem, p. 355: «La mujer representa la Materia, la Naturaleza; material y naturalmente hay que educarla por lo tanto».

23. Ibídem, p. 356.

24. Cfr. ibídem, p. 350: «*I así es como empezó el niño a berter su pensamiento en forma gráfica, i en la única berdederamente zientífica ke ai, por lo menos oi, asta ke no adoptemos el álgebra*». Sobre la posición de Unamuno contra cada reforma de la ortografía española, cfr. M. de Unamuno, *Acerca la reforma de la ortografía castellana*, OCE I, pp. 926-939.

25. Cfr. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 385.

26. Ibídem, p. 393.

27. Ibídem, p. 387.

anti-amorosos, dando un vuelco a los términos de la cuestión según un punto de vista vitalista, que pone de relieve claramente la tragedia de Apolodoro.

De toda manera, al fin y al cabo, la verdadera tragedia la vive don Avito Carrascal, que había querido crear el genio.

Se puede intentar aclarar este hecho a través de un parangón con el Talmudista que quiere crear el Golem, es decir, un hombre artificial, fabricado con el barro por otro hombre, y por eso, desprovisto del aliento divino²⁸. Carrascal es víctima de sí mismo, en cuanto, como escribe Gershom Sholem sobre la creación del Golem:

no es el producto de la creación a desarrollar fuerzas peligrosas, en una forma de autonomización, peligrosa es la tensión que el proceso provoca en el interior del mismo actor. Algunos errores de procedimiento no llevan a la degeneración del Golem, pero destruyen directamente su creador²⁹.

De una manera mucho más dramática, es esto lo que pasa a don Avito, porque él ha querido crear el genio, pero haciéndolo ha puesto en juego fuerzas por la cuales ha sido “destruido” él mismo y también su “Golem”, es decir su hijo. Esto pasa porque mientras en la creación de un Golem se obra solamente con la vil materia, la creación del genio tiene a que ver con una vida, y la vida no se deja manipular a propia voluntad. En Avito no hay la tentativa de imitación de Dios, como al revés hay en la creación del Golem, aunque sólo con una función iniciática³⁰; no es ésta, sin embargo, su culpa: él no es un nuevo doctor Frankenstein, aún si ambos han sido arrollados por sus creaciones.

La culpa de Carrascal es en el haber querido doblar una vida a las exigencias de la ciencia, en el haber inmolado a su propio hijo en favor de la humanidad.

«No te engendré ni te crié para que fuese feliz», dice Avito a su hijo, añadiendo después: «No te he hecho para tí mismo», a lo cual el hijo le pregunta «Entonces ¿para quién?». «¡Para la Humanidad!» es la respuesta del padre³¹.

El genio tiene como finalidad el desarrollo de la humanidad, mas antes de todo es un ser humano, una persona que tiene el derecho de ser feliz, también si Avito afirma que «No sé si tenemos o no derecho a la felicidad propia», y Apolodoro le responde

28. La creación del *Golem*, que significa “materia informe”, es la tentación del hombre de imitar a Dios creando otro hombre. Esta “ciencia”, es atada a la Cábala y a la mística hebrea, ahonda su raíces en el análisis de la creación del hombre que se encuentra en el Talmud, es decir el conjunto de las interpretaciones de las tradiciones y de las normas jurídicas hebreas, y en el *Sefer Jetzirah (Libro de la Vida)*, uno de los más importantes textos de mística hebrea, que indica también las leyes que hay que respetar en el momento que se quiera crear un ser humano. A partir del siglo XI se difundió, en Alemania, en Polonia y en Bohemia, la leyenda que unos rabinos particularmente expertos en el arte de la Cábala tenían capacidad para fabricar *Golem*. Sobre el procedimiento para la creación del *Golem* cfr. M. Mystère, *L'enciclopedia dei misteri*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano 1993, p. 120: «Las debastadas estatuas de barro habrían sido animadas trazando sobre su frente los caracteres *alif, mem* y *thaw*, cabalísticamente similares a los que forman el nombre “Adam”. Los Golem habrían hecho humildes incumbencias de servidores [...] hasta que no se volvían demasiado grandes y, de consecuencia, ingobernables: una peculiaridad de unos de ellos era, en efecto, de crecer con exceso día a día. En tal caso el rabino tenía que inducir con un truco el Golem a ponerse de rodillas, para poderle borrar la *alif* desde la frente: le letras restantes, en efecto, se leen *meth*, “Muerte”, y cuando estaban solas, el Golem se caía ruinosamente al suelo, arrastrando a menudo su mismo creador».

29. G. Sholem, *La Kabbalah e il suo simbolismo*, Einaudi, Torino 1960, p. 240.

30. Cfr. ibídem: «El Golem ha sido recién creado que, de repente, es destruido de nuevo: ha ejecutado a su función, que es de orden espiritual, con la iniciación del talmudista».

31. Cfr. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 387.

32. Ibídem.

«¿Derecho? Pero sí a destruir la ajena, la de los hijos sobre todo»³².

Queriendo criar su hijo para la genialidad, Avito sólo destruyó la felicidad de él, impidiéndole comprender el significado de la vida, y entonces de vivir. Como piensa Apolodoro antes de suicidarse

El genio nace y no se hace, y nace de un abrazo más íntimo, más amoroso, más hondo de los demás, nace de un puro momento de amor, de amor puro, estoy de ello cierto; nace de un impulso, el más inconsciente³³.

Esto significa que existirá el genio solo cuando más profunda sea su humanidad, su ser hombre. Si el amor es la característica del hombre auténtico, lo que le despierta a la vida, más profundo será el amor, más humano será la relación de una pareja, y entonces más humano será el fruto de esta unión.

Haciendo una hermenéutica del término “genio”, encontramos una sustancial diferencia de significado: mientras Avito entiende por genio la persona que se eleva sobre la humanidad y que la guía desde lo alto de su superioridad, Apolodoro lo entiende en el sentido de un hombre hundido en la humanidad, que en cuanto profundamente humano puede conducir la humanidad, dado que la entiende plenamente.

Avito quería, creando el genio con el correcto uso de la pedagogía, probar la potencia de la ciencia, del mismo modo que la creación del Golem «no tiene otro fin que el de probar la potencia del Santo Nombre»³⁴. Pero todo lo que obtiene es la violenta afirmación que la vida no acepta constricciones, y que el genio que falte de una humanidad profunda no es más que un titere. Y este muñeco, si se despierta, no puede hacer nada sino matarse, viendo que la inconsistencia de su propia existencia le impide salir de la niebla.

Apolodoro no puede vencer la niebla con la cual ha sido envuelto por su padre, a pesar de que intuye que la suya no es una vida real. Él se da cuenta, aún si de manera no totalmente consciente, que su vida no es una vida verdadera, oscurecida como es por la ciencia que su padre ha querido inculcarle. Su enamoramiento le señala como debería ser la vida, sin embargo él, aún intuyendo la posibilidad, no llega a empezar a vivir; la luz que Clara le ha traído sirve sólo para hacerle comprender su situación, es una lámpara, no un sol que pueda disolver la niebla. Para Apolodoro es imposible salir de su circunstancia, porque en realidad no tiene ni idea de lo que es la vida. Por eso se mata: porque la vida le ha sido sustituida por la ciencia de su padre, que le impidió también la posibilidad de entrar en esa.

La muerte del hijo abre los ojos a don Avito o, mejor, se los cierra, abriéndolo al sueño; la vigilia de la ciencia pierde su esplendor, más bien, se vuelve inequívocamente oscura, atada como es al presente. Como don Avito dirá, al final de la novela, a Augusto Pérez:

La ciencia es realidad, es presente, querido Augusto, y yo no puedo vivir ya de nada presente. Desde que mi pobre Apolodoro, mi víctima [...], murió, es decir, se mató, no hay ya presente posible, no hay ciencia ni realidad que valgan para mí; no puedo vivir sino recordándole o esperándole³⁵.

La muerte del hijo quita a Avito todas sus certezas. No pudiendo confiar más en la

33. *Ibíd.*, p. 123.

34. Sholem, *La Kabbalah e il suo simbolismo*, p. 239.

35. M. de Unamuno, *Niebla*, OCE II, p. 599. Augusto Pérez encuentra Avito Carrascal mientras este está saliendo de una iglesia. Augusto aún no ha sido aceptado como marido por Eugenia, más aún, ha sido recién reprochado por esta para haber desempeñado su propiedad, gravada por una hipoteca.

ciencia, busca una proyección en el futuro o en el pasado para tener aún consigo el hijo. El sueño de Avito se presenta como un presente trasladado en adelante o en atrás en el tiempo, y entonces en un rechazo del presente “real”, que viene identificado en la ciencia. Esta, a pesar de ser proyectada en adelante en la perspectiva del progreso, permanece constantemente presente, en cuanto búsqueda presente sobre lo que está delante de los ojos o en las ideas de la razón.

A pesar de eso, Avito afirma que tampoco logra creer en Dios, “No sé si creo o no creo; sé que rezo”³⁶, confiesa a Augusto. En realidad, esta es la actitud del verdadero creyente, que quiere creer también si no logra³⁷. Avito trata de creer y, aún dudando, se empeña, a su modo, en la fe. Encontrando consuelo en la oración, él admite implícitamente de creer a Él a que ruega, y es entonces la fe, en realidad, el motivo por el cual reza el rosario.

Probablemente el consuelo más grande Avito lo encuentra en la esposa, que él descubre sólo después de la muerte del hijo, delante su cuerpo inerte. A esa vista él exclama angustiado “¡hijo mío!”, a que:

se levanta la Materia, y yéndose a la Forma le coge de la cabeza, se la aprieta entre las manos convulsas, le besa en la ya ardosa frente y le grita desde el corazón: “¡hijo mío!”

–¡Madre!– gimió desde sus honduras insondables el pobre pedagogo³⁸.

En esta especie de renacimiento desde el regazo de la esposa se revela en realidad el verdadero nacimiento de Avito a la vida; a través del dolor por la muerte del hijo él llega a ver el verdadero significado de vivir, que trasciende la expiación racional obrada por las ciencias, así como rechaza la manipulación que estas pueden obrar sobre ella.

No es el caso de repetir aquí el paralelismo de la crisis de Avito con la de Unamuno, por eso basta recordar como Emilio Salcedo describe, en su monumental biografía, la noche cumbre de la crisis unamuniana, con palabras que quizá le haya inspirado precisamente la novela de que hablamos:

Una noche, el 21 o el 22 de marzo de 1897, atormentado por los recuerdos de lo que pudo ser su vida, [Unamuno] tiene conciencia del vacío de la nada, se siente no existiendo, y nacen en él la angustia, las congojas de muerte, la sensación y el dolor del *angor peccatoris*, como materialización de su preocupación ética que la lleva a sentirse culpable, y

36. *Ibídem*.

37. Sobre el problema de la verdadera fe cfr. la novela de Unamuno *San Manuel Bueno, mártir* (1931, OCE II, pp. 1127-1154). Según Unamuno más que creer, es importante voler creer, y obrar según propia voluntad de creer, y esta fe es la única posible en don Avito, en cuanto hombre de ciencia, como es claramente explicado en M. de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, OCE VII, p. 346: «La voluntad de creer; [...], es la única fe posible en un hombre que tiene la inteligencia de las matemáticas, una razón clara y el sentido de la objetividad». La particular fe de don Avito (y sobretodo de don Manuel), que parece tarada por un escepticismo radical y ateo, es en realidad la verdadera actitud del credente. La fe de Unamuno no es la fe de quien, confiando en el más allá, olbia el presente actual de la vida terrena, es decir, olbia de ser vivo esperando sólo la vida futura. Según don Miguel antes se debe vivir, y viviendo creer, de manera que la vida pueda tener sentido. Que se crea de no creer no es importante, lo es el actuar y el obrar como si se creyese.

38. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 395. Cfr. también las palabras de Avito en M. de Unamuno, *Niebla*, OCE II, pp. 599-600: «¡Mi mujer! ¡La he descubierto! Hasta mi tremenda desgracia no he sabido lo que tenía en ella. Sólo he penetrado en el mistero de la vida cuando en las noches terribles que sucedieron a suicidio de mi Apolodoro reclinaba mi cabeza en el regazo de ella, de la madre, y lloraba, lloraba, lloraba». El hecho parece tener una implicancia autobiográfica, en cuanto don Miguel y su esposa, Concepción “Concha” Lizárraga, habrían tenido una reacción similar en el 1897, año de la crisis espiritual de Unamuno, durante una de las frecuentes crisis de su tercer hijo, Raimundo, que después de una meningitis desarrolló una hidrocefalia. El niño, nacido en el 1896, muere a la edad de seis años, en el 1902, año de la publicación de *Amor y Pedagogía*.

39. E. Salcedo, *Vida de don Miguel (Unamuno, un hombre en lucha con su leyenda)*, Anthema Ediciones, Salamanca 1998³, p. 104.

un llanto incontenible le desborda los ojos y el corazón. Doña Concha, asustada, cuando venció el temor que aquella situación le imponía, le abraza, le acaricia, le pregunta: «¿Qué tienes, hijo mío?»³⁹.

La regeneración de Avito (que representa en cierto sentido la de Unamuno) lleva consigo también la apertura a lo sagrado, a lo divino. En la revelación del sustrato trágico de la vida se busca la posibilidad de escapar de esta dramaticidad, es decir, se busca la posibilidad de una felicidad que se piensa improbable en esta vida, pero a la cual se quiere creer por lo menos en la vida del más allá.

Don Miguel en su diario escribió una frase reveladora de su estado de ánimo, que aclara también lo que pasa a don Avito:

cuanto más fría esté el alma más a despertar de sus noches espirituales se encuentra empapada en el rocío de la gracia⁴⁰.

Unamuno y su reflejo Avito vivían en las gélidas landas del sueño de la ciencia, pero despertándose se encuentran empapados por la gracia. En esta gracia, personificada por la esposa, descubren finalmente el significado que la vida tiene verdaderamente y que naturalmente se opone a lo que ellos querían darle.

La vida y las acciones de don Avito se retuercen contra él, mas él puede empezar a vivir auténticamente, al contrario del hijo, porque encuentra en el otro de sí, es decir en la esposa, el apoyo para poder ir adelante. Avito, y con él don Miguel, puede vivir porque, y es la frase que concluye la novela, «el amor había vencido»⁴¹.

*

La novela *Amor y pedagogía* es sintomática del cambio que en Unamuno había empezado a ocurrir desde la segunda mitad de los años noventa de siglo XIX. Hasta la crisis de 1897 la posición filosófica unamuniana se puede inscribir, aunque con las debidas precauciones, dentro de la órbita del positivismo, pero ya unos años antes de la crisis en los cuadernos del pensador bilbaíno se empezaba a vislumbrar que la dirección de la reflexión estaba mudando.

No es este el lugar para analizar la crisis y sus consecuencias⁴², pero es interesante subrayar como una clave de interpretación, acaso la menos considerada, de esta obra unamuniana sea la autoironía. En efecto, creo sea posible definir esta obra unamuniana “catártica”, en el sentido más estricto del término: es el modo con que Unamuno se libera de su pasado. La ironía, perceptible solamente desde la perspectiva del pensamiento juvenil, es la más fuerte crítica hacia sí mismo que un filósofo puede hacer, como a decir: no sólo yo no pienso eso, sino me parece ridículo.

En los manuscritos juveniles que se conservan en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca, el filósofo repite muchas veces la necesidad de construir un nuevo sistema filosófico, de derrumbar lo que la filosofía construyó hasta entonces para renovar la cultura de su tiempo. Esto es lo que hace *Amor y pedagogía*: derrumba con ironía la construcción positivista de Unamuno para permitirle empezar de cero la construcción de su nuevo pensamiento.

40. M. de Unamuno, *Diario íntimo, Cuadernillo 5*, OCE VIII, p. 879.

41. Unamuno, *Amor y Pedagogía*, OCE II, p. 395.

42. Sobre este argumento cfr. P. Tanganelli, *Hermeneútica de la crisis en la obra de Unamuno entre finales del XIX y comienzos del XX: la "crisis del 97" como posible "exemplum" de la crisis finisecular*, tesis de doctorado, Universidad de Salamanca 2000. Cfr. también P. Tanganelli, *Unamuno fin de siglo: la escritura de la crisis*, ETS, Pisa 2003.